

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . ª É P O C A

Año 1957 - Número 83



SEVILLA

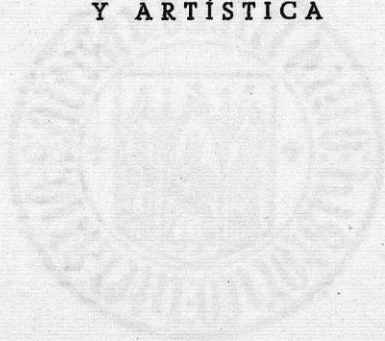
PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA





IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Epoca
Año 1957



Tomo XXVI
Número 83

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1957

M A Y O Y J U N I O

Número 83

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—D. Alberto BALBONTÍN DE ORTA.—D. Angel CAMACHO BAÑOS.—D. Juan DELGADO ROIG.—D. Eloy DOMÍNGUEZ RODIÑO.—D. José HERNÁNDEZ DÍAZ.—D. Federico JIMÉNEZ ONTIVEROS.—D. Manuel JUSTINIANO MARTÍNEZ.—D. Celestino LÓPEZ MARTÍNEZ.—D. Enrique MARCO DORTA.—D. Cristóbal PERA JIMÉNEZ.—D. Angel RODRÍGUEZ QUESADA.—D. Joaquín ROMERO MURUBE.—D. José RUBIO RIVAS.—D. Francisco RUIZ ESQUIVEL.—D. Tomás SALAS SÁNCHEZ.—D. Federico VILLANOVA HOPPE.—Director, D. Luis TORO BUIZA.—Secretario, D. José Andrés VÁZQUEZ.

S U M A R I O

Págs.

ARTICULOS

- A. Domínguez Ortiz.—*Vida y obras del Padre Pedro de León*. (Una ilustración fuera de texto)..... 157
Felipe Cortines Murube.—*Los franceses en Lebrija*..... 197
Rica Brown.—*Sobre una carta inédita de Bécquer*..... 217

MISCELANEA

- Carlos Lora.—*Juan de Castellanos*. (Una ilustración con el texto).... 225
A. H.—*Restauración de la capilla de la Residencia-Escuelas de San Luis*. (Cuatro ilustraciones fuera de texto)..... 233
Saraiva Lima.—*La ciudad indefinible*..... 237

- LIBROS: Varios..... 241

- CRÓNICA: José Andrés Vázquez.—Cronista Oficial de la Provincia.—*Noviembre y diciembre, 1948*..... 253

VIDA Y OBRAS DEL PADRE
PEDRO DE LEÓN

ARTICULOS ORIGINALES

ARTICULOS ORIGINALES

REVISTA DE LA ASOCIACION DE ESTADISTAS DE CHILE

VOLUMEN I - NUMERO I - AÑO 1950

IMPRESA EN CHILE

EDITORIAL

CONSEJO DE ADMINISTRACION

COMITE DE REDACCION

COMITE DE CENSURA

COMITE DE PUBLICACION

COMITE DE DISTRIBUCION

COMITE DE EVALUACION

COMITE DE INVESTIGACION

COMITE DE ENSEÑANZA

COMITE DE FORMACION

COMITE DE DESARROLLO

COMITE DE PROYECTO

COMITE DE MONITORIA

COMITE DE SEGUIMIENTO

COMITE DE CONTROL

COMITE DE AUDITORIA

COMITE DE VERIFICACION

COMITE DE VALIDACION

COMITE DE HOMOLOGACION

COMITE DE RECONOCIMIENTO

COMITE DE Acreditacion

COMITE DE Aprobacion

COMITE DE Aceptacion

COMITE DE Aprobacion

COMITE DE Aceptacion

COMITE DE Aprobacion

LOS FRANCESES EN LEBRIJA

NINGUN historiador ha narrado con verdad la muerte de los prisioneros franceses del ejército de Dupont, en Lebrija.

Thiers describe la catástrofe con estudiada falsedad, añadiendo una nueva calumnia a las muchas contenidas en su obra; pero no extraño yo esto, teniendo en cuenta que escritores españoles, como el Conde de Toreno y don Modesto Lafuente, con una ligereza e ignorancia inexcusables, dan una relación equivocada, y por otra parte, el ilustre general Gómez de Arteche pasa en silencio un episodio de tan extraordinario interés para el honor mancillado de Lebrija y de España.

Por mi buena fortuna ha caído en mis manos una preciosa Memoria inédita, autógrafa, escrita por el erudito lebrijano don Antonio Sánchez de Alva y Sánchez Pavón, en la que resplandecen la imparcialidad y la honradez más acrisoladas, una discreción exquisita y un bello estilo histórico, que dan a su trabajo indiscutible mérito.

Pero, ante todas las cosas, la relación de don Antonio Sánchez de Alva es la única fuente de conocimiento que existe en el día de hoy para juzgar el célebre episodio del 7 de diciembre de 1808, y su publicación es, por tanto, importantísima.

Tenía don Antonio Sánchez de Alva cuando llegaron los franceses a su pueblo, la edad de catorce años, y era un muchacho sumamente despierto, cuya inteligencia, desarrollada más tarde con el estudio, al que fué muy aficionado, le dió fama de sabio, y así es celebrada su memoria en Lebrija.

Por los años que contaba —había nacido en 9 de enero de 1796— pudo darse perfecta cuenta de los acontecimientos que presencié, y es fácil admitirlo así. Mi ilustre amigo don José M. Valdenebro y Cisneros refirió muy curiosos pormenores de

la lucha de los cantonales en Sevilla, ocurrida cuando él era un niño. Oyéndole hablar recordé al escritor lebrijano; éste, sin duda, asistió a los hechos que narra, en una época de su vida que le hizo capaz de conocer con clarividencia lo que pasaba a su alrededor. Sobre todo, llegó a escuchar de labios de personas mayores que tomaron parte activa en los sucesos, la exacta relación de lo acaecido, recuerdos propios y relación oral que, escrupulosamente compulsados con la prolijidad que le distinguía, trasladó a su citada Memoria el apreciable escribano Real y público de la patria de Elio Antonio.

Sólo con un documento de esta índole, sincero, minucioso, cabal, otorgado por un hombre honradísimo que no comparece amoroso ante España, ni indignado ante Napoleón, sino sereno ante la Justicia y la Verdad sagradas, que son las que dan fe, pudieran refutarse aiosamente las calumnias de Thiers y otros historiadores.

Thiers dice así: "En Lebrija, el pueblo enfurecido allanó durante la noche la prisión donde estaba encerrado uno de nuestros Regimientos de Dragones, y mató a setenta y cinco de éstos, entre ellos doce oficiales; probablemente los hubiera asesinado a todos, a no estorbarlo el clero".

"La razón de estos asesinatos, como los que sucedieron en el Puerto de Santa María, fué que el pueblo, arrebatado al ver las riquezas que los soldados llevaban consigo, quiso robarlos".

O más claramente, el pillaje y la crueldad, que son los dos móviles que Thiers asigna a los españoles de la Independencia.

Toreno dice: "Acaeció, pues, en Lebrija que, descubriéndose casualmente en las mochilas de algunos soldados más dinero que el que correspondía a su estado y situación, irritóse en extremo el pueblo, y ellos, para libertarse del enojo que había promovido el hallazgo, trataron de descargarse acusando a los oficiales. Del alboroto y pendencia resultaron muertes y desgracias. Propúsoseles entonces a los prisioneros que, para evitar disturbios, se sujetaran a un prudente registro, depositando los equipajes en manos de la autoridad. No cedieron al medio indicado, y otro incidente levantó en el Puerto de Santa María gran bullicio".

Lafuente repite, casi con las mismas palabras, esta mezquina idea del hallazgo del dinero.

Para esclarecer por entero este oscuro episodio, que ha producido a España tantas injurias, copiamos a continuación íntegramente la aludida Memoria de don Antonio Sánchez de Alva.

A su testimonio podemos añadir, por su felicísimo hallazgo, una confirmación definitiva por su imponderable valor. Decíame

que en el archivo parroquial no había documento alguno acerca de los franceses, y yo dí en buscar la partida de defunción o enterramiento de Diego Sánchez de Arévalo. La encontré en un Libro de entierros que comienza de este modo:

“En 27 de julio del año 1801 empeze a exercer el cargo de la Colecturía sin haber entrado en mi poder los libros de la Colecturía por orden del Sr. Arzobispo Coadministrador, y por esta razón sigo poniendo en este papel los entierros hasta que se me entreguen los referidos libros”.

La partida reza así:

“En Lebrixa 8 de diciembre de 1808 se hizo el entº General llano de gracia, de Diego Sánchez Pabón Arebalo Vdo de María de la Paz Calderón, y el Clero hizo esta gracia, porque murió defendiendo en este Pueblo la Religión y la Patria, contra los Franceses Oficiales prisioneros q se havian alarmado contra este Pueblo, y murió solo en este levantamiento el referido difunto, catorce oficiales, y más de quarenta cabos, sargentos y soldados Franceses; y para q coste lo firmo.—Dn. Juan Shz. Barrancos, Colector”.

Sin duda que es rara esta partida y digna de esculpirse. Nadie en absoluto sospecha su existencia; perdido el manuscrito de Rodríguez Berenguer, y si se hubiere extraviado la Memoria de Sánchez de Alva, esta oculta página de un Libro de entierros, redactada con sincero calor, en un célebre día, por el presbítero Barrancos, conservaba providencialmente la relación auténtica del suceso.

Por dicha, la Memoria no ha desaparecido y la página se ha descubierto. La gran prueba de la muerte de Arévalo, su partida documental, que lo exalta es un hallazgo mío inmenso.

MEMORIA

*sobre la muerte de los prisioneros franceses en Lebrija
en 7 de diciembre de 1808*

ADVERTENCIA

Por si acaso esta breve Memoria llegare a manos de alguien que, llevado de curiosidad o por cualquier otro motivo, quisiere leerla, he creído oportuno explicar aquí el motivo que promovió su extensión.

Monsieur Thiers, en la Historia del Consulado y del Imperio, que estaba publicando en París el año 1850, comenzó a vomitar, desde luego, mil injurias contra los españoles, sin duda porque esta nación había contribuido tanto a la merecida ruina de su idolatrado Emperador. El Gobierno entonces instaló en Madrid una Junta con el objeto de que se encargase de refutar a Thiers en todos los puntos en que, faltando a la verdad, injuriaba atrozmente a los españoles.

Instalada la Junta, se dedicó desde luego a reunir los datos indispensables para desempeñar su encargo, y desde luego fijó su atención en un párrafo de la obra, en que su autor se explica sustancialmente en estos términos:

Que el ejército del general Dupont, que quedó prisionero en la jornada de Bailén, emprendió su marcha hacia Cádiz, dividido en pelotones; que por el mucho calor viajaban de noche, y que al tiempo de transitar por Lebrija el Regimiento de Caballería de J., los vecinos de este pueblo se sublevaron con el objeto de robarlos, y que mataron más de sesenta y cinco hombres entre oficiales y tropa.

Hallándose la Junta sin noticia alguna de este hecho, y bien persuadida de que sólo en Lebrija encontraría los datos y las noticias necesarias para refutarlo en cuanto fuese posible, extendió un interrogatorio para que se contestasen las preguntas que marcaba, y lo dirigió al Jefe político de Sevilla, para que en esta villa se contestase; y por conducto de dicho señor se recibió todo por el Ayuntamiento, quien sin pérdida de tiempo se asoció con varios vecinos para acordar lo que la Junta de Madrid deseaba saber minuciosamente cuanto había ocurrido sobre el particular de que se trataba; y que si algún vecino de este pueblo había dispensado algún favor o protección a los prisioneros, convenía que se manifestase, con expresión de su nombre y apellidos.

Durante la sesión se manifestó por algunos de los concurrentes que un pueblo del vecindario de Lebrija no debía limitarse a contestar el interrogatorio, pues era más decoroso extender una Memoria sobre el particular.

El Ayuntamiento acogió la opinión emitida y decidió llevar a efecto la extensión de la Memoria. Pero esta Ilustre Corporación, deseando sin duda el acierto, equivocó después la elección, confiando a mi pobre pluma la extensión de los horrores que a continuación aparecen.

Breve memoria de cuanto ocurrió a los prisioneros franceses en Lebrija el día 7 de diciembre de 1808.

Habiendo procurado recoger todos los datos históricos so-

bre el lamentable suceso ocurrido en esta villa el memorable día siete de diciembre de mil ochocientos ocho, después de haber practicado con la mayor eficacia cuantas indagaciones han sido posibles, oyendo sobre el particular a personas muy fidedignas que aún viven y fueron testigos de aquella catástrofe, se ha conseguido formar la verídica y exactísima relación que a continuación aparece.

Ante todo, y con el justo fin de que la historia de estos sucesos se presente con toda la claridad posible, será muy conveniente y aun necesario recordar ciertas circunstancias antiguas de esta villa, en cuanto tengan relación con los mismos sucesos, y todos los antecedentes e incidentes que influyeron en aquella desgracia; observándose en este caso, como en todo lo demás la mayor imparcialidad y llevando por único objeto el no desfigurar los hechos, sino darlos a luz con el criterio y fidelidad correspondiente.

A corta distancia de la villa, del sudoeste de ella, hay un antiguo castillo, que en el día está desierto, y ocupado solamente en su más alta plaza por una iglesia, que fué la primitiva parroquia; pero en la época de que hablamos se había establecido en aquel sitio una Congregación de eclesiásticos virtuosos llamados *Oblatos*, porque voluntariamente se ofrecían a vivir en comunidad, dedicados exclusivamente al confesionario y a la predicación. Para habitación de estos eclesiásticos se había edificado allí un pequeño claustro contiguo a la iglesia; y después, avanzando hacia la población se estaba levantando otro claustro más capaz que ocupaba toda la parte restante de aquella altura hasta donde principia la rampa que baja a la puerta del castillo, y continúa después hasta la población.

Contiguo al claustro pequeño que estaba ya en uso había un profundo foso, resto de la antigua fortaleza, y en él fabricaron para ejercicios espirituales una bonita iglesia, la cual, considerada por la parte superior del castillo, era propiamente subterránea y así la llamaban; pero libre de humedad por su alta situación, al paso que era muy alegre, porque una gran puerta que tenía en la parte del Sur le comunicaba mucha luz, y la ventaja de dominar con la vista toda la campiña del frente. Además se había edificado a la mitad de la altura del castillo, y a un lado de la expresada rampa una casa para hospedería y enfermería, la cual, como es fácil conocer, ocupaba una superficie más alta que la puerta del castillo, y más baja que la iglesia y habitaciones de los PP. Oblatos.

También es de advertir, que de los dos alcaldes de esta villa en el año de que se trata, el primero era muy capaz y dis-

puesto; el segundo muy honrado, aunque de poca aptitud para mandar en circunstancias extraordinarias.

Débase por último no perder de vista que los vecinos de Lebrija estaban por aquel tiempo animados del mejor espíritu patriótico, y poseídos del mismo odio mortal que todos los españoles profesaban a los franceses: odio justísimo, que tenía su origen en la perfidia con que el Emperador de aquella nación había invadido a la España, y en la bárbara conducta de sus generales y tropas, que difundían la desolación y el espanto por todas partes, trataban con la mayor inhumanidad a los inocentes pueblos, y apellidaban rebeldes a todos los españoles, sólo por que éstos querían rechazar, como en efecto rechazaron gloriosamente, la agresión más inicua e injusta de que puede hablar la historia moderna.

Nada hay de exageración en estas palabras. Pues qué. ¿Se encontrará acaso en toda la Francia algún sabio que se atreva a presentarse en la palestra a defender el derecho o la razón que asistieron a Napoleón Bonaparte para invadir la España, y para poner en juego los planes de que se valió para verificarlo?

Por mucho que cieguen las pasiones no puede suponerse que los franceses desconozcan, ni hayan desconocido jamás, que aquel odio de los españoles era fundadísimo y concitado por los mismos franceses. Mas, sin embargo, los historiadores de aquella nación se han propuesto alucinar a la Europa con sus escritos, empeñados siempre en denigrar a la nuestra, exagerando monstruosamente los defectos de los españoles y pasando en silencio con mucho estudio y refinada malicia los asesinatos, las violencias y los ultrajes y males de todas clases que esta desventurada nación sufrió de sus feroces invasores.

No se niega, que en la época a que nos referimos cometieron los españoles algunos, o si se quiere, muchos excesos contra los franceses. Pero, después de haber invadido tan dolorosamente a una nación que el Emperador llamaba su primera aliada; después de los horrorosos asesinatos de Madrid, y de tantas y tantas tropelías y vejaciones como por todas partes se experimentaban; después de esta heroica nación, privada de su gobierno por inicuas arterías, tuvo que levantarse en masa para defender su libertad y su independencia. ¿podían esperar los franceses que los españoles todos fuesen tan moderados y circunspectos, que no se experimentaran transgresiones de ninguna clase? Se cometieron en efecto; y publíquenlas cuantas veces quieran los escritores franceses, con tal que refieran también las inolvidables proezas de sus generales y soldados, háganlo en fin sin faltar a la verdad, y no como monsieur Thiers, que al hablar de

la muerte de los prisioneros franceses en Lebrija ha calumniado atrozmente a los vecinos de esta villa. La verdad, pues, de cuanto pasó, es como sigue:

El ejército del general Dupont, que quedó prisionero en la gloriosa batalla de Bailén, fué destinado hacia Cádiz, y desde luego emprendió su marcha a dicho punto. Mas no caminaba en pelotones, como equivocadamente se ha supuesto, sino todo reunido; y así llegó a Lebrija en principio de Agosto de mil ochocientos ocho. Aquí, en virtud precisamente de orden que dictaría el Gobierno, descansó aquel ejército nueve o diez días; en cuyo tiempo fueron tratados todos debidamente, sin haberse experimentado la menor desavenencia entre el pueblo y los prisioneros; el general y los demás jefes y oficiales estuvieron alojados como si fueran españoles; y toda la tropa con multitud de carros y bagajes se acampó en un olivar próximo a la población, enfrente del sitio que llaman de las 4 cruces. Nadie dudaba que aquella multitud de equipajes, que se habían respetado con arreglo a la capitulación, contenían muchos vasos sagrados y otras alhajas procedentes del saqueo de Córdoba; mas llegó la hora de retirarse el ejército, y continuó su marcha, sin que pudieran llevar aquellos prisioneros resentimiento alguno contra los lebrijanos.

Pocos días después el Gobierno de Sevilla distribuyó en varios puntos la división del general Bedel, que también había sido comprendida en la capitulación de Bailén; y de ellos tocaron a Lebrija trescientos hombres aproximadamente, incluso veinte o más oficiales y el general Pribé. Este se alojó con su ayudante en la posada de la Concepción, situada en la plaza; la oficialidad, toda reunida, se estableció en la Iglesia subterránea del Castillo; y toda la tropa restante se acuarteló en una casa grande situada en uno de los confines de la población, que llaman el Mantillo.

Distribuidos así los prisioneros, fueron desde luego auxiliados y asistidos según sus clases, sin faltarles cosa alguna; y como para la custodia de ellos no había tropa alguna, porque toda se necesitaba entonces para la defensa de la Patria, dispuso la autoridad local que se establecieran dos cuerpos de guardia, uno en la entrada o puerta del castillo, y otro en el cuartel del Mantillo. Ambas guardias se componían de dos o tres vecinos desarmados; y el objeto de ellos era sólo de insignificante observación, puesto que los prisioneros andaban libremente por todas partes. El General paseaba muy poco; mas los oficiales bajaban frecuentísimamente al pueblo, adquirieron algunas relaciones en cuanto lo permitían aquellas circunstancias, concurrían

diariamente a un billar situado en la plaza, donde alternaban con los jóvenes del vecindario, y por la noche, contraviniendo a la orden terminante que tenían, pero tolerados prudentemente por la autoridad, se reunían en una casa algo retirada, que les servía como de fonda y café, donde disponían sus comidas y bebidas y se proporcionaban otros recreos, retirándose de allí cuando era su voluntad, sin restricción alguna. El físico del regimiento se dedicó al ejercicio de su profesión, y andaba por el pueblo visitando sus enfermos como los demás facultativos de la villa.

Hasta aquí todo fué perfectamente, y jamás se advirtió el menor síntoma de disgusto entre los prisioneros y los vecinos; debiendo confesarse, en honor de la verdad, que aquéllos, tanto la oficialidad como la tropa, observaron buena conducta y procuraron siempre no dar motivo de escándalo.

Mas entrado el mes de noviembre se comenzó la recolección de aceituna; y como es un trabajo tan sencillo, casi todos los soldados prisioneros se dedicaron a él, y los desempeñaron muy bien. Esto produjo baratura en los jornales, y un disgusto en los trabajadores del campo; cuyo disgusto, según se verá después, influyó bastante, no en la catástrofe principal, sino en algunas desgracias parciales que en el mismo día y fuera del tumulto se experimentaron. Mas por entonces puede asegurarse que el disgusto de los trabajadores del campo se manifestó solamente en sus conversaciones, y no se advirtió ni aun siquiera injuria verbal contra ningún prisionero.

Entrado el mes de diciembre, la recolección de aceituna no estaba enteramente concluída: todo seguía en la más completa calma; y al amanecer el día siete del mismo mes, ninguno podía prever que aquel día se iban a experimentar en Lebrija los conflictos y las desgracias que se verificaron por una reunión de circunstancias que tampoco pudieron prever, y que con dificultad pueden explicarse.

Serían las diez de la mañana del aciago día, cuando llegó a esta villa una orden ciertamente intempestiva y no necesaria, llamando con la mayor premura a la capital, con las armas que tuviesen, a todos los que fueran capaces de tomarlas, sin excepción de estados ni de clases. Aquí comenzaron los incidentes que ocasionaron la desgracia. Si el Alcalde primero se hubiese hallado en esta villa, ciertamente no le habrían faltado la sagacidad y prudencia necesarias para hacer de aquella orden el uso que correspondía; pero estaba ausente, y la orden llegó a manos del Alcalde segundo. Este, sorprendido, salió a la plaza llevando aún en la mano el fatal papel, y lo dió a leer a varios

amigos suyos, quienes divulgaron rápidamente la noticia; y al momento se reunió en la plaza un crecido número de vecinos. Todos andaban asustados y alarmados, considerando unos el abandono de sus casas y familias por la precisión de pasar a la capital, y calculando otros por el contexto de aquella extraordinaria orden, que el ejército invasor estaría tal vez a las puertas de Sevilla.

En medio de esta confusión se oyó la opinión de varias personas, que hablaban sobre el peligro de dejar la población solamente con las mujeres y los ancianos, teniendo dentro de su recinto un crecido número de enemigos sin tropa que los custodiase.

Aquí debe advertirse que desde la llegada de la tropa prisionera se aseguraba una cosa indubitable, que la oficialidad tenía muchas armas escondidas, además de la espada que le permitía la capitulación. Mas al fin aquella reunión llegó casi a disolverse, insistiendo todos, unánimemente, en que antes de partir a la capital la gente capaz de tomar las armas, era indispensable pedir a la Junta de Sevilla que retirase de esta villa a los prisioneros, o enviara tropa para custodiarlos.

En los momentos que esto acaecía pasó por la plaza el facultativo francés, hombre imbécil y pusilánime, que fué indirectamente el autor de todas las desgracias, por su falta de prudencia y por su evidente indiscreción; pues en lugar de haber continuado visitando sus enfermos sin mezclarse en otras cosas, como así lo exigían su posición y las circunstancias, se acercó a aquella reunión para indagar lo que allí se trataba; y cuando ya todos se retiraban, un albañil muy borracho que a la sazón pasaba por la plaza, y vió al facultativo, dijo a éste: "Hombre, todos vosotros habéis de morir".

El cirujano francés se retiró con mucho disimulo, y subiendo al castillo aseguró a todos los oficiales que el pueblo se había sublevado, y que todos ellos iban a ser víctimas. Este aviso tan inexacto conmovió a aquella oficialidad, y al coronel que la mandaba, y todos obraron después con tal imprudencia y falta de tino, que apenas puede creerse después de haberlo visto. Debieron éstos a todo trance, aun cuando fuera cierta la noticia, haber permanecido quietos dentro de la Iglesia que habitaban, en cuyo caso ciertamente ningún daño hubieran experimentado. Podían también, en último recurso, si notaban después algún peligro, haberse acogido a la contigua Iglesia de los PP. Oblatos, quienes los hubieran admitido cordialmente como admitieron a cuatro o cinco de los mismos oficiales que no quisieron adherirse a la locura de sus compañeros, y no expe-

rimentaron ni pasaron el menor peligro; porque todo el vecindario respetaba mucho a aquella virtuosa Comunidad, según constaba muy bien a los mismos oficiales. Pero ellos se alucinaron: parece que un hado fatal guiaba los sucesos de aquel día, tristemente memorable, para que al cabo se verificara una catástrofe.

El Coronel, con quince o diez y seis oficiales, vestidos todos de riguroso uniforme y completamente armados, se presentaron en la plaza alta del castillo, dando su frente al pueblo, y apoyados en el edificio que allí se estaba levantando, según queda explicado al principio. Los vecinos que estaban de guardia en la entrada del castillo quedaron espantados al observar aquella novedad repentina, y un momento después corrió velozmente por todo el pueblo la noticia de que los prisioneros se habían sublevado, y daban muestra de querer atacar la población. ¡Terrible momento! ¡Lamentable reunión de circunstancias! ¡El vecindario todo, alarmado con la terrible orden que había venido, comentaba cada cual a su modo: el recelo que por todas partes se había manifestado de abandonar las familias y las casas teniendo al enemigo dentro de sus muros, y en seguida la alarmante voz de que este enemigo se presentaba ya armado y en actitud hostil! El único Alcalde, lleno de temor, no aparecía: las puertas de las casas se cerraban estrepitosamente, y no se oía más que llantos de las mujeres y voces de los hombres animándose a la defensa. Por todas partes se notaba un movimiento extraordinario: ¿quién sería capaz de contenerlo?

La plaza principal se llenó de gente armada, sin jefe ni plan. Inmediatamente se presentó el difunto Marqués de San Gil, y comenzó a sosegar a todos los vecinos, ofreciéndoles que pasaría al castillo para reconvenir y apaciguar a los prisioneros: y en efecto, se dirigió hacia aquel punto acompañado de varios vecinos. Habiendo llegado el Marqués a corta distancia de la oficialidad armada, hizo alto con su comitiva, e invitó al Coronel para que se acercase, con el fin de hablarle. El Coronel, que conocía muy bien al Marqués, accedió desde luego; mas por distracción o por desconfianza, avanzó con espada en mano, en lugar de haberla envainado, como parece que debía practicar, en atención a que el Marqués no llevaba armas de ninguna clase. En aquel momento, uno de los vecinos, llamado Diego Sánchez Arévalo, creyendo que iba a matar al Marqués, se interpuso de repente, y con un palo que llevaba dirigió un golpe contra el Coronel; mas éste lanceó con la espada el golpe, y en seguida pasó con varias estocadas a Sánchez Arévalo, hasta dejarle muerto a sus pies. Esta desgracia fué el momento de la explosión de

la mina, que hasta entonces no había reventado.

El Marqués y los vecinos que le acompañaban quedaron aterrados a vista de aquella desgracia tan inesperada, y no pudiendo por su falta de armas resistir a los franceses, se retiraron precipitadamente a la población, extendiéndose la noticia con la rapidez de una chispa eléctrica a todo el vecindario. Ya no se dudó que la sublevación de los prisioneros era cierta, y por todas partes se oyó la voz de mueran los franceses. Al mismo tiempo los oficiales y prisioneros continuaban tan temerariamente su animosidad, que comenzaron desde luego a avanzar hacia el pueblo bajando pausadamente por la extensa rampa del castillo. Los vecinos armados que estaban en la plaza llegaron a comprender el movimiento de los oficiales franceses, y determinaron a una voz salir al encuentro, y no permitirles la entrada en el pueblo, aunque aquí fuera más fácil la defensa; y en efecto, subieron por las dos calles, que son la de Mesones y la de la Iglesia, al mismo tiempo que uno de ellos se introdujo en la torre y comenzó a tocar la campana mayor, según se acostumbra en los casos de peligro.

Los oficiales franceses habían llegado ya a la puerta del castillo, y se dirigían hacia el callejón del Rastro, que guía al sitio del Mantillo, tal vez (aunque esto no podemos asegurarlo) con el intento de unirse a la tropa que hubiera en el cuartel; más cargados ya en estos momentos por los paisanos, variaron de rumbo y se dirigieron por el estrecho callejón que guía a la fuente de Márquez, sin duda porque aquel camino ofrecía más ventajas para su defensa. Caminaban, pues, algo aceleradamente, pero con mucho orden, sin dejar de hacer frente a los paisanos cuando éstos se acercaban; y bajando por detrás de un alto cerro, que llaman de Malabriga, cortaron el camino de Sanlúcar, que está ya en tierra llana; y de allí, sin tocar en la huerta de Masena, cortaron también el camino de Jerez, junto al callejón que llaman de los Espinos. En todo este tránsito, que comprenderá próximamente media milla, no en línea recta, sino en círculo de la población, no tuvieron los oficiales pérdida alguna, aunque fueron muy frecuentes las escaramuzas, en que ellos cargaron valerosísimamente al paisanaje, obligándole a retroceder, y después continuaban la marcha.

Desde el dicho callejón de los Espinos se dirigieron los oficiales franceses en línea recta, aunque fuera de camino, hacia un cerro poblado de olivar que llaman de Buenavista, distante una milla del castillo; y en un trozo de campiña algo llana que existe entre el callejón de los Espinos y el olivar, murieron cuatro o cinco oficiales. Ya en este tiempo había crecido mucho el nú-

mero de los paisanos con algunos caballos, y cercados últimamente los oficiales en la altura de Buenavista, murieron todos los que se encontraron, que fueron hasta once o doce, incluso los que ya habían quedado en la campaña.

Así perecieron estos esforzados oficiales, dignos, por cierto, de mejor suerte. Pero es preciso conocer y confesar que ellos mismos, con su imprudente y extemporánea actitud hostil, con su desatinada salida del castillo y con la muerte dada al paisano, no sólo atraieron su infausta muerte, sino que también comprometieron a toda la demás tropa prisionera, cuya desgracia se miraba ya como cierta, y la deploraban desde un rincón de sus casas, todos los vecinos pacíficos. Porque a la verdad, en aquel estado de cosas, no perdiendo de vista todos los enunciados antecedentes, y pronunciado tan furiosamente el tumulto, ¿qué podía ya esperarse sino la más completa anarquía y sus fatales consecuencias?

Mas afortunadamente no se verificó así, porque Lebrija abrigaba en su seno hombres apreciables, que utilizarían en favor de la humanidad el prestigio que tenían sobre el vecindario, y hasta expondrían sus propias vidas por salvar a los prisioneros.

El apreciable anciano D. Diego Vidal y Aragón, que había heredado de sus mayores el ejercicio de la beneficencia, y que era muy respetado, despreciando todo peligro y sin arredrarle el imponente aspecto que presentaba la población, montó a caballo y se dirigió al cuartel del Mantillo, donde reforzó la pequeña guardia con vecinos de las casas inmediatas, que estuvieron muy dóciles a su voz. Dado este paso, el mismo D. Diego salió precipitadamente, cuanto su ancianidad permitía, siguiendo el rumbo que llevaban los oficiales, muy confiado en que lograría salvarlos; pero a la mitad del camino recibió la noticia de que ya ninguno de ellos existía.

Regresó entonces hacia la población; y habiendo oído ciertas voces, que indicaban era el ánimo de los tumultuados atacar el cuartel del Mantillo, pasó corriendo a aquel punto y se colocó a caballo delante de la puerta, en cuya actitud permaneció más de tres horas. Desde luego comenzaron a presentarse pelotones de hombres armados con escopetas y márcolas, manifestando un decidido empeño de invadir el cuartel; mas viendo al D. Diego defendiendo la puerta, retrocedían al momento. Mil veces repitieron la tentativa y siempre desistieron, respetando las canas de aquel buen anciano.

Iguales tentativas se manifestaban al mismo tiempo delante del cuartel de los sargentos y cabos, que, como queda dicho, era la casa-hospedería del castillo; mas allí, porque el número

de los amotinados no fué tan crecido, bastó el cuerpo de guardia, algo reforzado con otros vecinos, para salvar el cuartel, y sólo hubo que lamentar dos desgracias: la de un sargento que, creyendo más seguridad en la fuga, saltó por unas bardas donde no había guardia, y fué muerto al momento, y la de otro que, por imprudente curiosidad, se asomó por una ventana y murió de un balazo dirigido por los amotinados.

Mientras esto acaecía en los dos cuarteles, se presentaba en la plaza la escena más imponente, pues allí se había reunido un crecidísimo número de hombres armados, que con desaforadas voces pedían la muerte del General.

En tan críticos momentos, los dos presbíteros, don Francisco Sánchez Rico y don Pedro Marín del Castillo, llegaron a casa del Vicario Ecco. D. Bartolomé Rodríguez Berenguer, le comunicaron el intento de los amotinados y le excitaron para que se presentase a contenerlos, pues de otro modo no era posible. Con efecto, no se engañaban aquellos beneméritos eclesiásticos: Rodríguez Berenguer era el único que, a falta de fuerza armada, sería capaz de contener con su presencia y su palabra a aquel populacho enfurecido. Hombre ilustrado y elocuente, animoso, muy respetado por sus canas y por su dignidad, y dotado de una habilidad singular para al corazón y conmoverlo; sólo él, repetimos, era capaz de acometer tamaña empresa. Encargó, pues, al presbítero Castillo que inmediatamente pasara a la Parroquia y trajese a la Divina Majestad con toda la pompa posible. Entretanto el Vicario se pone los hábitos y el bonete, se cuelga un crucifijo sobre el pecho, se presenta con asombrosa impavidez en medio del tumulto, y comienza a predicar, exhortando a todos a la paz y a que se retirasen a sus casas.

Los que estaban cerca de él, se detenían y daban muestras de separarse; pero la mucha extensión de la plaza, el numeroso concurso y la terrible grita que por todas partes resonaba, no dejaban oír la voz de aquel apreciable sacerdote. En estos momentos advirtió el Vicario que, franqueada ya violentamente la puerta principal de la posada donde habitaba el General, entraba el tumulto por ella; e inmediatamente se dirigió a aquel punto, detenido a cada paso por las escopetas, márcolas y puñales de los amotinados. En medio de tanta confusión, oyó el Vicario la campanilla de la procesión, precediendo el anciano eclesiástico don Rafael de la Serna y Cortes, quien con toda la vehemencia posible exhortaba a todos para que adorasen a la Divinidad; y con mucha oportunidad volvió el Vicario al medio de la plaza, donde trabajosamente pudo conseguir que los amo-

tinados dejaran pasar la procesión, y que algunos de ellos rindieran las armas al Augusto Sacramento. Sin perder un instante, volvió el Vicario hacia la posada delante de la procesión, subió la escalera, y al divisar el aposento del General, observó que las puertas se abrían ya, derribadas por los tumultuados, y que éstos entraban por ellas. Al momento el Vicario, con una agilidad y energía que no podían esperarse de su edad, corre precipitadamente, consigue entrar con los primeros de los tumultuados, se interpone entre ellos y el General, se vuelve hacia aquéllos presentándoles el Crucifijo, y consigue que arrojen al suelo los pupñales que iban ya asestados contra el pecho del General. Este entonces, se arrojó a los brazos del Vicario, que le recibió con el mayor cariño, y todos mezclados, ya pacíficamente, se postraron ante el Sagrado Copón, que en aquel momento entraba por la puerta de la sala en manos del presbítero Castillo. ¡Oh! ¡Este acto no puede describirse! Si aún vive el general Pribé, y está animado de los sentimientos que la divina y santa religión inspira, a él solo toca tomar la pluma y explicar a sus compatriotas, a la Europa, al mundo entero, la pasmosa metamorfosis, la sublime escena que pasó en su propia habitación.

Es tan exacto lo que queda expresado en el párrafo anterior, que si el Vicario don Bartolomé Rodríguez, por temor o por falta de agilidad, hubiera tardado un minuto, la muerte del General era inevitable.

Librados así tan milagrosamente el General y su Ayudante, que estaba en otro cuarto, salieron ambos de la posada rodeados de los sacerdotes y de varias personas de respeto, que también acudieron, y ya fué cambiando la escena, pues las continuas exhortaciones del Vicario lograron que el mayor número de los tumultuados se incorporasen en la procesión, escoltando de este modo al General con las mismas armas que antes destinaban para quitarle la vida. Así llegó la ya extensa procesión a la Iglesia Parroquial, donde el General y su Ayudante quedaron con toda seguridad y comodidad alojados en el cuarto de los señores Curas.

Acto continuo volvió a salir la procesión en la misma forma que había venido, y dirigiéndose al castillo, fueron acompañados los sargentos y cabos que allí se hallaban, hasta dejarlos en el edificio del Pósito, enfrente de la Iglesia Parroquial, donde también quedaron con toda seguridad.

Tercera vez, por disposición del incansable Vicario, salió la misma procesión, dirigiéndose al cuartel de soldados en el sitio del Mantillo, donde ninguna desgracia había ocurrido por la constancia de don Diego Vidal. Los prisioneros, sin embargo,

se hallaban muy consternados, y fué necesario que el Vicario, los otros eclesiásticos y algunos vecinos principales, penetrasen por las diferentes habitaciones exhortando a todos para que saliesen sin recelo ninguno, pues estaban ya en completa seguridad. En efecto, fueron saliendo paulatinamente, y colocándose en medio de la procesión, custodiados ya y defendidos por los mismos tumultuados, que pocos momentos antes blandían sus armas contra ellos. Repetidas veces se registraron muy despacio todas las habitaciones del cuartel; y cuando de buena fe, viendo que ninguno parecía, creyó el Vicario, y debía creerse, que habían salido todos los existentes en el cuartel, marchó la procesión y fueron llevados todos los soldados, sin el menor quebranto ni desgracia, al mismo local del Pósito, donde ya se hallaban los sargentos y cabos.

Terminados estos actos, se retiraron todos; desapareció el tumulto, se abrieron las puertas de las casas, y el orden se restableció enteramente. Mas en medio de esta calma, y cuando ya no se advertía rumor ni síntoma alguno de alarma, se estaba verificando la matanza mayor de los prisioneros, sin que nadie pudiera preverlo, y sin que tampoco hubiera sido posible remediarlo: fué, ciertamente, el caso más inesperado que en aquellas circunstancias podía presentarse. Se explicará con toda claridad, aunque para ello sea necesario repetir algo de lo que queda anteriormente expresado.

Cuando llegó la procesión al cuartel del Mantillo para trasladar, como en efecto se trasladó, sin la menor desgracia, a los prisioneros allí establecidos, el mismo Vicario penetró por todo el cuartel, acompañado de otros Eclesiásticos y de varios vecinos, alentando y animando a los prisioneros; y él mismo los iba sacando por la mano hasta situarlos en medio de la procesión. Repetidas veces se reconocieron todas las piezas y a nadie se encontró. No había en aquel concurso quien diera razón cierta del número de prisioneros que estaban allí acuartelados; y aunque se hubiera averiguado con certeza, no produciría efecto alguno, en atención a que había muchos trabajando en el campo; y así marchó la procesión muy creídos todos en que ya ningún prisionero quedaba en el cuartel. Pero, ¡cosa increíble! Sin que nadie lo hubiera advertido, en una sala baja con ventana a la calle y puerta del zaguán se habían escondido catorce o quince soldados muy cubiertos con la leña que tenían allí para combustible: y estos infelices, que indudablemente se enterarían de todo lo que pasó, y que oirían precisamente la campanilla, que estuvo larguísimo rato tocando en la puerta del cuartel, así como también las repetidas exhortaciones del Vicario y la

tranquila salida de sus compañeros, prefirieron quedarse escondidos por una falta de cálculo que no puede comprenderse.

Luego que se retiró la procesión, penetraron en el cuartel varios muchachos, y después de haber andado largo rato jugando por allí, descubrieron últimamente a los prisioneros escondidos, y salieron a la calle publicando la noticia. En aquellos momentos, el cadáver de Diego Sánchez de Arévalo era trasladado a su casa, que por una fatal casualidad estaba cerca del cuartel; y un hijo suyo, llamado Mateo Arévalo, luego que oyó la noticia, se levantó furioso, y junto con otros parientes suyos, que él mismo excitó al efecto, entraron en el cuartel, descubrieron a los prisioneros, y en un momento los degollaron.

Como este hecho fué tan inesperado y pronto, y el cuartel estaba en un extremo de la población, cuando circuló la noticia y salieron varios vecinos con el intento de remediarlo, ya era tarde; todos habían fallecido.

Esta catástrofe horrorizó y llenó de sentimiento a todo el vecindario, incluso los mismos que habían tomado parte en el tumulto. Todos deploraban la desgraciada muerte de aquellos infelices, que habiendo podido salvarse como todos sus compañeros, fueron víctimas del encono producido por un hecho en el que ellos no habían tenido parte, ni culpa alguna. El Vicario, lleno de júbilo, se hallaba comiendo, rodeada su mesa de las muchas personas que entraban a felicitarle, cuando supo las desgracias ocurridas en el cuartel del Mantillo; y quedó tan sorprendido y triste, que cortó la comida y no acertaba a hablar.

Llegada la noche, el nuevo cuartel del Pósito tenía una guardia de paisanos de confianza, que lo custodiase. Pero no se le creía muy seguro, porque corrían rumores, precisamente infundados, según se vió después, de que se trataba de asaltarlo aquella misma noche.

Ya las autoridades civiles se habían presentado, y daban sus disposiciones para conservar el orden; mas no se les concedía la fuerza moral necesaria para conseguirlo, pues aún estaban las pasiones exaltadas: y además no se confiaba mucho en una guardia de paisanos, si llegaba el caso de ser atacados por otros de igual clase.

Penetrando todo esto, el Vicario anduvo toda la noche acompañado de solo un criado, disipando con sus exhortaciones a todas las cuadrillas que encontraban: y ninguna novedad ocurrió ya después (1).

(1) En la noche de que hablamos sucedió el caso siguiente: Habiéndose acercado el Vicario a una reunión de jóvenes que estaban en el sitio del Cortinal, y exhortándoles

Así coronó el Vicario los apreciabilísimos servicios que con mucho riesgo de su vida había prestado en aquel memorable día; servicios que ciertamente merecían gran recompensa y sólo le produjeron una extraordinaria pesadumbre. El Gobierno superior eclesiástico, a quien el Vicario dió cuenta de todo lo ocurrido, reprobó altamente la disposición adoptada de haber sacado al Augusto Sacramento en un caso en que hubo tanto peligro de que hubiera sido escandalosísimamente profanado, y sobre esto dirigió al Vicario una censura, advirtiéndole que había incurrido en un grande error. Séalo en buena hora, pues así lo calificó la autoridad competente, cuyas decisiones respetamos. Mas, sin embargo, creemos que el vicario D. Bartolomé Rodríguez pudo siempre gloriarse de cuanto hizo en aquel día, y repetir para su consuelo: Venturoso error que salvó las vidas de tantos hombres.

Resta todavía manifestar la suerte que cupo a los soldados prisioneros que andaban por el campo, y a los que estaban trabajando en los talleres del pueblo. De aquéllos murieron cuatro o cinco en distintos sitios; y de éstos sólo hay memoria de un infeliz que, corriendo por la calle durante las horas del tumulto, fué muerto sin que nadie le protegiese. Todos los demás se salvaron; los del campo, protegidos por los amos y por los mismos capataces; y los artesanos porque en muchas casas del pueblo los ampararon y cuidaron perfectamente; en cuyo particular hubo casos extraordinarios, que no deben pasarse en silencio, a fin de que sepan las generaciones venideras, que, sin embargo, de todos los antecedentes que quedan enunciados, no faltaron en Lebrija caballeros y personas honradas que, sobreponiéndose al odio que contra los franceses había concitado su mismo Emperador y todos ellos dispensaron a los prisioneros una extraordinaria protección.

En la tarde de aquel mismo día de la catástrofe, regresando a caballo hacia esta villa D. Roque Ramírez Arias, se encontró de repente en el camino con un pobre prisionero, que poniéndose de rodillas imploraba su protección contra varios hombres del campo que lo perseguían para quitarle la vida. Ramírez Arias inmediatamente se interpuso entre el prisionero y sus perseguidores, rogando a éstos que desistiesen de su intento; y viendo que insistían, se bajó corriendo del caballo, cubrió con

para que se recogiesen, ellos contestaron manifestándole respetuosamente su extrañeza de verle tan a deshora en la calle. El Vicario dijo: «Hijos, las desgracias del Mantillo me han espantado el sueño, y ni aún puedo parar en casa». Entonces uno de ellos le dijo: «Padre Vicario, no se apesadumbre usted, pues aquellos hombres no quisieron irse con Dios y se fueron con el demonio».

su cuerpo al prisionero y dijo que moriría antes que desampararlo. Entonces permanecieron quietos aquellos hombres, y don Roque Ramírez continuó después a pie hasta la población, cubriendo siempre con su cuerpo al prisionero, hasta que lo entregó ileso en el nuevo cuartel del Pósito. Quién diría entonces al honradísimo Arias que antes de catorce meses sería asesinado por un soldado francés.

Don Nicolás de Soto y Tejero, que en una hacienda de olivar muy distante del pueblo tenía trabajando veinte prisioneros, envió corriendo con las instrucciones necesarias a su hijo D. Diego, quien al momento de llegar los ocultó, y trató con la mayor caridad; y con escolta de criados de su confianza los trajo fuera de camino, y en las altas horas de la noche los entregó en el cuartel, sin que los prisioneros hubiesen experimentado el menor quebranto.

Tres días después de la catástrofe, un ganadero descubrió casualmente a uno de los oficiales, que escapado de la desgraciada suerte de sus compañeros se había escondido en un breñal y estaba ya exánime por la falta de alimento y por el excesivo frío de la estación. Al momento el ganadero se quitó su ropa, con ella disfrazó al oficial y a la entrada de la noche lo condujo en una caballería a casa de su amo, el apreciable presbítero D. Juan Antonio Vidal Barba, donde el oficial fué asistido y cuidado hasta su perfecto restablecimiento, con el mismo esmero que podía haber encontrado en el seno de su familia.

Por no hacer más difusa esta memoria, omitimos otros muchos casos de igual naturaleza que podíamos citar y que darían honor a muchas familias. Mas antes de soltar la pluma, vamos a dar una explicación, que juzgamos oportuna, y aun quizá será necesaria, especialmente para la nueva generación actual, que ha tenido la fortuna de no conocer las campañas de Bonaparte, ni su infausta época.

Tal vez podrá haber algunas personas que al leer estos borrones extrañen y llevan a mal el recuerdo que aquí se hace de la mala fe del Gobierno francés, y de la bárbara conducta de sus tropas, cuando han transcurrido ya tantos años, cuando entre aquella nación y la nuestra existen hoy felizmente una cumplida paz y estrechas relaciones, y cuando parecía que debía darse al olvido todo lo que pasó en aquella época.

Convenimos en esto último; pero los que de buena fe opinaren así, deben reflexionar que el objeto de este escrito es refutar a impostores extranjeros, presentando con toda verdad y el debido criterio hechos históricos que han sido torpe y maliciosamente desfigurados por ellos. ¿Y cómo podría llenarse un

objeto tan razonable y justo, sin trasladar la imaginación a la época de los mismos sucesos, y recordar las circunstancias que en ellos pudieron influir? De ninguna manera. Así, pues, si aún no ha prescrito el término de la acusación, tampoco puede haber prescrito el de la defensa.

Queda concluída la triste, y al mismo tiempo verídica narración, de la muerte de los prisioneros franceses en Lebrija, sobre lo cual no hay noticia de que se formase expediente, ni se encuentra documento alguno que haga relación de estos hechos. Parece que el vicario Rodríguez Berenguer escribió sobre ello; pero no se imprimió, ni es ya posible encontrar el manuscrito, habiendo transcurrido cuarenta y dos años y fallecido su autor fuera de Europa. Mas, afortunadamente, viven aún personas muy fidedignas, testigos presenciales de aquellos sucesos, que han suministrado las noticias necesarias para redactar estos apuntes. De ellos aparece que, si bien es desgraciadamente cierto que el día 7 de diciembre de 1808 se quitó la vida en Lebrija a treinta y cuatro o treinta y cinco prisioneros franceses, también lo es que semejante hecho no fué propiamente obra del vecindario, ni se ejecutó de noche, ni con el feo intento de robarlos; pues es evidéntísimo que todo fué consecuencia de un tumulto producido por las circunstancias de aquella época, provocado temerariamente por la oficialidad prisionera, y realizado por la malhadada concurrencia de causas que quedan enunciadas.

Téngase siempre presente que el ejército de Dupont permaneció en Lebrija varios días, no acuartelado, sino acampado con sus grandes riquezas en un olivar, y no se advirtió el menor conato de muerte ni de robo. Llegó después la tropa que había de acantonarse; y esta tropa, en el largo período de más de cuatro meses, no experimentó más que buena armonía de parte del vecindario, y una tolerancia tal vez excesiva de las autoridades; y así es que, según publican los mismos prisioneros, en ninguno de los otros acantonamientos se hallaban ellos tan bien acomodados y asistido. ¡Ojalá no se les hubiera permitido tanta libertad, ni dispensado tanta tolerancia, y acaso no se habría verificado la catástrofe!—Lebrija, 12 de Nov. de 1850: *Antonio Shz. Alva*”.

Véase cómo los historiadores aludidos al comienzo de este trabajo no dicen la verdad. Tengo para mí que el único que la sabía, sin duda, fué Thiers, pero no quiso valerse de ella. No tuvo que esforzarse mucho en mentir, pues esta mala costumbre le acompaña siempre en su larga *Historia*. Acaso pudiéramos llamarla su ninfa Egeria, quiero decir, su inspiradora constante. El párrafo alusivo a Lebrija, como hemos visto, está preparado

astutamente; el "allanamiento", "la nocturnidad", los "asesinatos", son una negra reata de agravantes, el proceso ideal que urdió Thiers para forjar un crimen monstruoso.

Pero en medio de todo esto, él es el que da una noticia cierta: la intervención del clero. Con esta confesión, tan rara en sus labios, sobre la humanidad de los sacerdotes nebricenses, se propuso quizá eludir el remordimiento de la infame calumnia que la precedía. La escasa luz que sobre este grave asunto existía, se debe, por tanto, a él, porque los historiadores españoles se han limitado a describir con inaudito aplomo el hallazgo del dinero y el furor del pueblo a su vista, vertiendo una especie miserable que repugna a la honradez española. Y no han investigado más.

Yo me explico lo del Puerto de Santa María: a un soldado francés se le cae de la mochila un cáliz y una patena; el pueblo, al contemplar los objetos sagrados, herido en su fe acrisolada ante la horrible profanación, protesta y quiere castigarla sin piedad. Hay aquí una exaltación nobilísima, un santo furor que lo disculpa todo; pero el hecho de Lebrija en la falsa relación que refutamos, no sabemos cómo lo admitieron Toreno y Lafuente sin comprobación de ninguna clase.

Afortunadamente, la bien cortada pluma de don Antonio Sánchez de Alba, ha trazado en unas amarillas hojas, alguna de *papel de oficio* del año 50, la narración fidelísima, de los sucesos, en unos renglones de grandeza inmortal, escritos reposadamente, con hermosa serenidad de ánimo, sin exabruptos patrioterros. El cuadro de la muchedumbre en la plaza ante la posada de la Concepción, donde se alojaba el general Pribé, cuadro de bravía plasticidad goyesca y de sublime unción cristiana, al fin; los episodios parciales de la salvación de los prisioneros y otros mil pormenores verdaderamente interesantes, sacuden el alma con patética emoción.

FELIPE CORTINES MURUBE